

# Apuntes sobre lo político en la novela latinoamericana

Horacio Castellanos Moya

EL ESCRITOR HONDUREÑO HORACIO CASTELLANOS, DE QUIEN LA EDITORIAL TUSQUETS PUBLICÓ SU ÚLTIMA OBRA, *DESMORONAMIENTO*, REFLEXIONA SOBRE LA NOVELA POLÍTICA Y LA REALIDAD LATINOAMERICANA.

## 1

Antes que nada debo confesar que si alguien me dice que yo escribo «novela política», de inmediato me pongo en guardia. Mi reacción es primaria, pero tiene explicación. Primero, no me gusta ponerle un calificativo a la ficción que escribo; para mí se trata de novela o cuento a secas. Segundo, en los tiempos que corren la palabra «política» está muy desprestigiada, como también lo están los políticos. Pero, pese a esa reacción primaria, debo reconocer que la política se filtra, a veces incontenible, en las ficciones que he escrito, y que esta filtración procede de un hecho más contundente y es que la política ha sido una presencia dominante en mi vida, no porque yo haya ejercido el oficio de político, que nunca lo he hecho, sino porque ésta ha sido como una maldición que me marcó desde siempre. En alguna ocasión he contado que mi primer recuerdo, lo que aparece más atrás en mi memoria, es un bombazo que destruyó el frontispicio de la casa de mis abuelos maternos. En ese entonces mi abuelo era el presidente de un partido nacionalista y conspiraba para derrocar a un gobierno liberal;

yo era un niño de tres años que salía en brazos de su abuela entre los escombros, el polvo y el ulular de las sirenas. Luego hubo un atentado a balazos del que mi abuelo salió con vida, campañas proselitistas y el furor partidario como el agua para beber a la hora de las comidas. Viví mi adolescencia en los prolegómenos de una guerra civil, y después me hice periodista en la cobertura de esa larga guerra. Cuento esto para explicar que nunca me propuse escribir una «novela política», sino que la política era parte del aire que me tocó respirar en mis años formativos. De ahí lo que J.C. Onetti hubiera llamado «la tara genética».

## 2

Pero, ¿qué es la novela política?, ¿existe esa categoría o subgénero literario? Me gusta la idea de varios estudiosos del tema, para quienes el concepto «novela política» es tan elusivo como el de «novela psicológica» o «novela social»; se trataría más bien de un concepto flexible, amplio e incluyente, de fronteras maleables. Algunos, sin embargo, han intentado definiciones. El pionero anglosajón en los estudios académicos en este terreno, Edmund Spere, en su libro titulado precisamente *The Political Novel*, que data de 1924 y en el cual comparaba obras producidas en Gran Bretaña y Estados Unidos, sostenía que la novela política «debía retratar actos o procesos políticos, a tal grado que estos se constituyan en el tema principal de la misma»; según Spere, «la materia principal no son las ideas o la ideología, sino los políticos en la faena: legislando, haciendo campaña, rompiendo barreras políticas, construyendo sus carreras». No obstante, Spere advertía que su definición exigía del novelista «hacer mucho más que meramente representar los varios movimientos de la historia política» y subrayaba que «la presentación de una controversia política desde un solo punto de vista es tan mortal para la novela como para otros géneros literarios».

Unas tres décadas más tarde, el prestigioso crítico Irving Howe, en su libro *Politics and the Novel* (Horizon Press, New York, 1957), repetía casi la misma definición de Spere: «Cuando hablo de novela política, me refiero a una novela en la cual las

ideas políticas juegan un rol dominante o en la cual el ambiente político constituye el escenario principal», decía. Sin embargo, Howe aclaraba que su definición apuntaba a un «énfasis dominante», a un «acento significativo». Y luego detallaba: «La novela política es particularmente un trabajo de tensiones internas. Para ser una novela en sí, debe contener la usual representación de la conducta y los sentimientos humanos, pero también debe absorber en su corriente los duros y quizá insolubles perdigones de las ideologías modernas». El novelista político, según Howe, «debe ser capaz de manejar varias ideas al mismo tiempo y capturar la forma en la cual esas ideas dentro de la novela son transformadas en algo más que puras ideas de un programa político». Lo interesante en la visión de Howe es, más que las definiciones, el rico universo de obras que analiza como novelas políticas y que incluye desde *Rojo y negro* de Stendhal y *Los poseídos* de Dostoievski, pasando por *Nostromo* de Conrad y *The Princess Casamassima* de Henry James, hasta las obras de Malraux y Orwell.

Muchas variantes de las definiciones anteriores se han hecho en las últimas décadas. Menciono la del académico Tom Kemme, quien en su libro *Political Fiction, the Spirit of the Age and Allen Drury* (Bowling Green State University, 1987), dice que la novela política es «una obra de ficción narrativa que enfoca principalmente el ejercicio del poder político en una sociedad determinada, en la que las ambiciones, planes y actos políticos permean y unifican la novela a través de la trama y los personajes». Si bien esta definición no es tan distinta, sí lo es el objeto de su estudio: a diferencia de Howe y otros críticos que abordan obras de primer nivel de la novelística mundial, Kemme entiende la novela política como un subgénero de literatura popular, que a partir de la década de los 60 del siglo pasado refleja los avatares de la clase política estadounidense. Un fenómeno de literatura de consumo masivo que en América Latina ha tenido algunas expresiones interesantes, como la obra de Luis Spota sobre el México priísta.

Pero a mí no me interesa la novela política como subgénero de literatura popular, más cercana al culebrón que a la obra de arte. Me quedaré con la idea de flexibilidad e inclusión que mencioné al principio: más que de una categoría, compartimiento o estanco literario, prefiero hablar de una forma de ver el mundo, de escri-

birlo, de leerlo; de un riesgoso cruce de caminos entre la política y la novela de ficción. Por eso no me referiré a novelistas políticos, sino a novelistas a secas, quienes en algunas de sus obras han puesto un mayor o menor énfasis en la temática política, una temática que siempre tratarán con libertad y bajo las leyes específicas de la creación novelística.

### 3

Me atreveré a decir que buena parte de la más importante novelística latinoamericana producida en el siglo XX está permeada en mayor o menor grado por lo político. La explicación que se me ocurre es la siguiente: el «ser político» de América Latina es un «ser político» frustrado, en el sentido de que la gestión de la cosa pública a lo largo del siglo ha sido tan catastrófica que mantuvo a más de la mitad de la población del subcontinente viviendo en condiciones de pobreza, bajo sistemas de justicia en que reinaba la impunidad y el crimen, con instituciones políticas débiles y vulnerables, y en marcos constitucionales en que se cambiaban las reglas del juego con la frecuencia de un calzón de meretriz. Evidencia de este fracaso del «ser político» es el hecho de que, a principios del siglo XXI, para vastos sectores de población latinoamericana el único horizonte feliz sea la emigración a los países del llamado Primer Mundo. No es difícil imaginar entonces que para muchos escritores haya sido natural respirar este aire político, incluso intoxicarse con él, a tal grado que lo más natural también fue que lo trasladaran a sus novelas; el fracaso de lo político en América Latina ha formado parte constitutiva del espíritu de la época, y los buenos escritores siempre tienen una relación de amor-odio con el espíritu de su época.

### 4

La novela política latinoamericana la podemos dividir al menos en dos grandes bloques: aquellas en las que el peso de lo político es determinante, contundente, totalizador, y otras en las que lo político funciona como telón de fondo, como escenografía. (Esto

es muy esquemático, hasta rudimentario, lo sé, pero es una manera de abrir camino en el tema.) Una piedra angular en el primer grupo es *La sombra del caudillo* de Martín Luis Guzmán, publicada en 1929, una obra que refleja con maestría literaria las pugnas por el poder en el México postrevolucionario. Hasta hace unos años, esta novela era enseñada como el mejor ejemplo, junto con *Los de abajo* de Mariano Azuela, de la llamada novela revolucionaria en México, pero habida cuenta de que la palabra «revolucionario» ya no está de moda, conformémonos con calificarla de «política». Martín Luis Guzmán no fue sólo un novelista excelente y un cronista de primera, sino que a lo largo de su vida fue un político en activo, ya que en su juventud formó parte de las filas revolucionarias de Pancho Villa, luego vivió varios exilios (en especial en España, durante el último de los cuales fue secretario de don Manuel Azaña), y terminó sus días como senador del sempiterno PRI. Creo que una buena novela política, como *La sombra del caudillo*, tiene la virtud de hacernos comprender como lectores no sólo una coyuntura política precisa, sino el espíritu profundo de un movimiento histórico, de una época, con esos matices y pliegues que difícilmente pueden transmitir el periodismo o los libros de historia. Este hecho, el carácter didáctico o ilustrativo que va implícito en ciertas novelas políticas, también lo comprobé con la lectura de *La novela de Perón y Santa Evita* de Tomás Eloy Martínez. Yo que siempre fui duro de la cabeza para comprender el peronismo, que decepcioné a ciertos amigos ex montoneros cuando intentaban explicarme los orígenes de su causa, sólo pude tener por fin una luz sobre las sinuosidades de este fenómeno argentino gracias a esas dos novelas de Eloy Martínez.

Me parece que las novelas sobre dictadores latinoamericanos forman parte de ese bloque de obras en que lo político es totalizador, aunque aquí sea interesante subrayar lo de las fronteras maleables entre novela política, biografía novelada y novela histórica. Creo que la novela de dictador es una especialidad de América Latina en el panorama de la literatura mundial, lo que reafirma la idea sobre nuestro «ser político» frustrado a lo largo del siglo XX, tan frustrado que generó un arquetipo literario repugnante por lo que representa. No me referiré en detalle a estas